



DEL COMPROMISO DE LOS INTELLECTUALES CON LA VERDAD

Inés Riego de Moine*

I- Una realidad que duele

La realidad nos duele y con ella la humanidad entera. No hay nada que provoque más al pensamiento que el dolor que brota de la realidad. Miguel de Unamuno decía “Me duele España”, y nosotros como intelectuales latinoamericanos debemos decir “Me duele América”, pero no en la abstracción fría y descarnada sino en cada americano, en cada hermano que sufre las injusticias productos del desamor vertido en políticas globales. Obsta, por tanto, afirmar que nuestro dolor emerge del dolor y el clamor del ser humano, del más cercano y del más lejano, de los prójimos desparramados por el mundo, no siempre habitantes seguros de nuestro corazón. Pareciera que el mandamiento universal al amor, proclamado por el Dios de judíos y cristianos, dista mucho de ser un imperativo moral operante en nuestros días. Ante todo como personas, y luego como intelectuales, nos llama al compromiso la mera realidad, siempre realidad de personas, partiendo de la convicción que no se puede abdicar de este mandato ni perder la esperanza en el hombre, capaz de las obras más aberrantes y denigrantes de lo humano pero también de las más excelsas. ¡Ser ángeles y demonios, la eterna paradoja de lo humano! Pero ello no justifica que desesperamos de él, pues si lo hacemos lo ‘matamos’, lo proclamamos no apto para redimirse y reconciliarse con lo más sagrado de su ser persona. ¿Cómo negarle ese derecho que él tiene sobre mí por el sólo hecho de ser?

Si apostamos por el compromiso transformador de la realidad, es porque albergamos la gran esperanza de una humanidad que pueda pisar con dignidad el suelo de este planeta sin tener que esquivar cadáveres humanos, ni niños muriendo por desnutrición o utilizados como carnada humana, ni madres llorando por ver morir a sus hijos o por haber matado al hijo por nacer, ni soldados hispanos matando y muriendo por el placer de la guerra de otros, ni pobres de toda pobreza que ni siquiera pueden sentir el orgullo del desposeer porque su miseria es tal que los lleva a la indigencia inhumana, ni ricos hastiados de toda riqueza y entregados al vicio del vacío y al expolio del pobre cuyo rostro ignoran. Sin nombrar todo aquello que torna enferma y dolorosa nuestra cotidianeidad: nuestros rencores, nuestra indiferencia, nuestro descompromiso, nuestro pequeño o gran egocentrismo, nuestra farisaica convicción de ‘puros’...

Y a nuestra paradoja se suma nuestra impotencia, que cada vez nos hiere más hondo como intelectuales comprometidos con el personalismo comunitario: es la clara conciencia de que lo que pensamos y escribimos en las miles de páginas - digitales y no digitales - difícilmente llegue a la mente y al corazón de los poderosos del mundo, señores responsables de las explotaciones, las hambrunas, las guerras, la pobreza global de nuestro sur... por sólo citar nuestras peores vergüenzas. Pero las pequeñas vergüenzas también alimentan a las grandes, las pequeñas omisiones a las terribles omisiones, el pequeño “aquí no me meto mientras no se metan en mi quinta” al gran lavado de manos y de conciencias con que convivimos a diario. No queremos ser Pilatos y preguntar “¿qué es la verdad?” para luego venderla al mejor postor o, directamente, ignorarla.

Por otra parte, bien sabemos que nadie está exento de su cuota-parte de responsabilidad en la realidad del mal enquistado en la humanidad y malignamente expresado en sus mil rostros. Ciertamente que todos en alguna medida contribuimos a consolidar las estructuras de la injusticia, el odio y el desamor,

hasta con un mínimo gesto de desprecio por el otro, hasta con una mínima omisión. Pero somos los buenamente llamados 'intelectuales' - aunque el término haya caído en desgracia a causa de nosotros mismos - de todos los niveles y categorías, incluidos los religiosamente consagrados, a quienes nos compete la mayor responsabilidad histórica por no haber sabido responder 'con todo el ser' y 'con todo el corazón' a lo que desde el clamor de una humanidad doliente y desarmada se nos exigía y se nos exige.

Porque quien más conoce la verdad, más obligado a difundirla lo está, como bien lo intuía Sócrates cuando inquietaba a los más jóvenes a descubrir el camino de la virtud. Por eso insistiremos hasta el cansancio: a más conciencia más responsabilidad, a más dolor ajeno más compasión activa. ¿O acaso podemos medir con la misma vara - aunque no nos competa el juzgar - o exigir lo mismo a aquel semi-analfabeto que lucha por subsistir en su 'villa-miseria', que a aquél salido de la mejor universidad privada que pudo costearse sus estudios sin necesidad de salir a trabajar para vivir? La circunstancia de mi yo son los otros, mis circunstancias, porque mi realidad es siempre realidad de personas, en cuyo fondo está el problema mancomunado de la injusticia social, del cómo afrontar la encrucijada vocacional y laboral, de las mil formas de invalidez psíquica y espiritual que nos asedian y, como síntesis de todo, ¡el uso que hacemos del don de la libertad: nuestro omnipotente qué quiero y qué no quiero! Pero esto ya existía en épocas de Jesús y él respondió a todos - también a nosotros - con la inquietante parábola de los talentos que así concluye: "Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes" (Mt 25, 29-30).

¿Qué hacemos los intelectuales católicos con nuestros talentos, con todo el don recibido, desde el formato de la razón pero hacia la exigencia de la fe? ¡Cuántas veces resignamos nuestra condición de católicos por no perder las ventajas que el mundillo académico otorga a los no católicos! Como decía Emmanuel Mounier, seamos católicos en pie de igualdad con los no católicos, promoviendo una nueva civilización en donde los cristianos no embarquen a la Iglesia eterna hacia ninguna obra política transitoria, como el comunismo o el capitalismo, sino hacia la 'primacía de lo espiritual', primacía que de ningún modo quiere decir 'clericalización de los intelectuales' sino que, usando sus expresiones, se refiere al imperio de la "caritas Dei, es decir, a la comunión de todo el ser - inteligencia y voluntad - con el principio de toda creación" (1). Mas la comunión en el espíritu cristiano, en una abierta aceptación del Dios del amor, implica de suyo exponerse al sarcasmo de los intelectuales y quizás hasta perder el puesto de trabajo - muchos lo hemos vivido en carne propia. Pero hay que ser valientes sabiéndose sostenidos y asistidos por la fortaleza que confiere la gracia, no dejarse doblegar, arrojando el rostro y el discurso ante el rostro desnudo de la verdad. ¡Nuestra fortaleza es la libertad que confiere la verdad y nuestra sabiduría el amor que se compromete en la entrega! "La verdad os hará libres" (Jn 8, 32), dijo Jesús, no hay más que este camino para cuantos pretendemos pensar la realidad para comprometernos con ella dando lo mejor de nosotros, la vida si fuera necesario.

II- La revolución espiritual nos convoca

Este fin no se consigue de cualquier modo, requiere una 'actitud revolucionaria' impulsada por el primado del amor, una transformación radical, completa y necesaria, personal y social, económica y moral. Decía Mounier: "Revolución espiritual, decimos, no es revolución de escritores o impotentes. Sólo buscamos una mayor pureza para conseguir una mayor eficacia. Las meditaciones, las rectificaciones intelectuales, las generosidades, las construcciones técnicas no son nada si los hombres no se comprometen en la acción" (2), aunque la meta final fuera el testimonio hecho presencia y no la mera eficacia. La verdadera eficacia de la verdad hecha testimonio de vida no es la eficacia de la conveniencia ni la utilidad: es la eficacia de la *caritas Dei*.

Pero el término revolución, por lo general, choca al intelectual, resulta intranquilizador y provocativo, y eso era precisamente lo que Mounier pretendía: inquietar las conciencias hacia una revolución sin armas ni violencia que comprometa e impulse a la acción, y la acción nunca es pura, ya lo sabemos. “Querer obrar y no abandonar en nada de sus principios o no mancharse las manos es una contradicción en los términos: expresa un fariseísmo egocéntrico, más apegado a su propia imagen que al destino común de los hombres” (3). Acción impura, revolución espiritual, creyentes con increyentes, ecumenismo en ciernes, fueron fórmulas discursivas que no pasaron inadvertidas al orden eclesial católico y la prestigiosa revista *Esprit* que dirigía junto con Maritain estuvo a punto de ser condenada por el Vaticano. He aquí - vista la especial coyuntura de aquellos años previos a la Segunda Guerra Mundial - un testimonio de vida comprometida con la verdad, un ejemplo vivo de lo que el intelectual católico deberá afrontar si no quiere resignar su puesto de batalla:

“Para sacar a nuestro cristianismo de esta especie de gueto en el que intentaban meterlo, y para reencarnarlo en los problemas de nuestro tiempo, nosotros, unos cuantos católicos, nos hemos agrupado en el equipo de *Esprit* (...). Pero *Esprit* no es una revista católica. Y esto por dos razones. Primero, porque no todo lo que es cristiano de nombre es siempre cristiano de espíritu. Segundo, porque de los principios cristianos a su realización técnica no hay una ilación lineal y necesaria. Entre los principios y las conclusiones intervienen juicios históricos técnicos concretos, pasiones, instintos, intereses y preferencias de temperamento... Los colaboradores católicos de *Esprit*, tratando de trabajar siempre como cristianos, nunca han presentado tal o cual solución en tanto que cristianos, ni dejado entrever que sus soluciones eran las únicas a las que los católicos pudieran adherirse. (...) Todo nuestro esfuerzo doctrinal se ha enderezado a liberar el sentido de la persona de los errores individualistas y el sentido de la comunión de los errores colectivistas” (4).

Puestos a pensar desde nuestra realidad de iberoamericanos, ¿qué hacemos los trabajadores del intelecto con los magníficos talentos que se nos ha encomendado fructificar?, ¿los dilapidamos generosamente en libros, folletos, artículos y en cuanto ‘encuentro académico’ se nos invite?, ¿escribimos y hablamos para la gente desde el rigor que nos exige la verdad o para el rigorismo académico que se agota muchas veces en los juegos del discurso no siempre aliados de la verdad? Comprendemos bien que, desde un esteticismo exento de trascendencia humana y divina, un Michel Foucault piense que “el trabajo de un intelectual no consiste en modelar la voluntad política de los demás, sino en interrogar de nuevo las evidencias y los postulados, cuestionar los hábitos, las maneras de hacer y de pensar, disipar las familiaridades admitidas, retomar la medida de las reglas y las instituciones a partir de esta re-problematización (en que él juega su oficio específico de intelectual) y ello a través de los análisis que lleva a cabo en los terrenos que le son propios” (5). Problematizar y diagnosticar, he aquí el cometido de muchos intelectuales convencidos de las bondades del pensamiento único y embarcados en una inercia general difícil de romper, nunca un pensar propositivo y fuerte, un pensar para alguien, un pensar que salve. ¡Qué pobre repertorio de metas, jamás de ideales, y cuán ajustada su descripción al perfil de humanista que hoy prescribe como ‘potable’!

Si como intelectuales todavía amamos la verdad, en la misma medida odiaremos las tiranías y las denunciaremos como verdaderos atentados contra la verdad que libera e impulsa a la consecución del bien contenido en ella. Si la tiranía del dinero oprime al hombre en su vida material, la tiranía de las ideas - las ideologías - sofoca su vida espiritual. En una época como la nuestra en que el imperio de las ideologías dice haber muerto pero el ‘pensamiento débil’ de la llamada posmodernidad al igual que los fundamentalismos de todo signo - racionales, políticos y religiosos - nos hacen sentir toda su fuerza (en el relativismo, en el pragmatismo, en el hedonismo, en el nihilismo, en el individualismo, en el paneconomicismo y en los tantos ‘ismos’ que nos caracterizan como sociedad), el personalismo quiere ser una línea de pensamiento que, consciente de la extrema problematicidad y complejidad de lo real, evita construir sistemas pero procurando brindar orientaciones para la leer y transformar la realidad desde el primado de la persona, primado que las más de las veces acaba por desconocerse o subestimarse. Convencidos de que el dogmatismo cierra puertas en lugar de abrirlas, no por ello resignamos espacios

al relativismo, sino que nos sentimos convocados al gran banquete de la verdad, desde la humildad de cada aporte personal pero desde la firmeza de sabernos portadores del mismo *logos* universal donde comulgamos dialógicamente creyentes y no creyentes, como Edith Stein lo pensara con incuestionable solvencia (6).

Los intelectuales comprometidos con el personalismo nos proponemos, por ende, desenmascarar las unitaleralidades implícitas en las ideologías tratando de preservar el núcleo de verdad presente en cada una de ellas, pues, si han 'prendido' en la sociedad es porque aportan alguna verdad, o algún aspecto de ella. Los totalitarismos de derecha - el fascismo y el nazismo - eran para Mounier una degeneración del liberalismo burgués que privaban a la persona del espacio necesario para el desarrollo de su libertad, transformándola en siervo de la estatolatría. Sus supuestos parten de una antropología pesimista que postula que las limitaciones y errores del individuo se suplen con la figura de un 'capo', un jefe que las remedie en su insuficiencia constitutiva. Pero, a su vez, esa misma actitud supletoria y supresora de la libertad individual, representa la derivación del mito burgués del dinero en el mito del poder típico de las ideologías, que legitima el descontrol y el despliegue de todas las fuerzas irracionales y violentas del individuo, en pos de un ideal de raza y humanidad altamente perverso y degenerativo de la dignidad del ser personal. Ante su feroz puesta en escena en la Europa del pasado siglo, Mounier no dubita en la denuncia y la condena.

Nosotros, en pleno siglo XXI, no podemos hacer como que no vemos: el racismo, la xenofobia, la ideología de género, los abusos inflingidos contra los más débiles, el fundamentalismo de todo signo y hasta partidos políticos de signo fascista que han invadido amplios sectores de la sociedad contemporánea, y en la altamente 'civilizada' del norte con peores signos aún, son una clara amenaza para la libertad y la dignidad de la persona. ¿Podemos callar ante este tipo de actitudes, algunas ya estructurales, que cargarán de brutalidad y odio los corazones endurecidos contra la debilidad de muchos? Se torna imperioso por tanto un pensar vertido en líneas de acción, una acción intelectual destinada a formar hombres de buena voluntad, de buenos sentimientos, de buenos ideales, capaces de convivir acogiendo al otro con amor, no sólo tolerándolo, y todo ello más allá de lo político. Escuchemos nuevamente la voz profética de Mounier: "No nos cansaremos de repetir que nuestro personalismo no está originalmente centrado sobre una actitud política, sino que es un esfuerzo total por comprender y sobrepasar el conjunto de la crisis del hombre en el siglo veinte... Algunos juzgarán que esta relativa indeterminación política es una debilidad. Políticamente, sin duda. Pero también el arte, la poesía, la religión, el rigor científico son por sí mismos políticamente débiles, precisamente porque *teniendo incidencia sobre lo político no están hechos para la política*. Su papel es formar hombres... Si el personalismo tuviese la intención de reemplazar en su dominio esta experiencia, iría a la confusión. Pero si los partidos políticos pretendiesen negar ésta su eficacia propia, introducirían la confusión por el lado opuesto" (7).

III- Contra la confusión que tiraniza, la verdad que libera

Si las ideas son confusas la comprensión se paraliza, al punto de tornar las ideas confusas en ideas feroces, cargadas de rencor y agitadas por el desconcierto. Basta con mirar los rostros que los encarnan. ¿Cómo formar hombres en medio del desconcierto y la angustia que generan la confusión y el error? ¿Hacia dónde apuntalar la 'primacía del espíritu' para que ella genere la necesaria 'revolución personal'? Tanto Emmanuel Mounier como Edith Stein, supieron ver claramente que gran parte de la crisis del hombre del siglo XX hundía sus raíces de angustia, desesperación y odio en el 'no saber qué hacer' producto del desorden ideológico que habían acarreado dos fuertes sistemas filosóficos, el idealismo y el marxismo, que, por diversos motivos y cada uno a su modo, habían cortado la conexión vital entre el pensamiento y la acción. Aquél mostrando la impotencia de la idea auto-recognoscitiva frente a la acción y por ende frente a una libertad concebida como absoluta necesidad; éste derivando todo pensamiento - reducido a ideología, a mera 'conciencia invertida' de la realidad - del imperio de la acción, de unas fuerzas de producción todopoderosas. El 'no' de ambos es tajante, un no que encierra un 'sí' radical a

la gran tradición cristiana de la doctrina de la persona, incluso remontándose tácitamente a su vertiente filosófica griega, donde impera el *operari sequitur esse*, el orden del ser y del pensar determinando el orden del obrar:

“Ser para obrar, conocer para actuar: la revolución personalista, entre la espiritualidad de la persona, el pensamiento, y la acción, reanuda el vínculo interior que el idealismo había cortado, y que el marxismo se niega a establecer. A fuerza de haberse refugiado en el pensamiento y de haber suspendido su juicio, el idealismo ha extendido la creencia de que el pensamiento es inútil para la acción, de que la búsqueda de la verdad es una distracción y no un acto. La acción ha proseguido desde entonces su camino a ciegas y los hombres se han puesto a pensar con todos sus poderes confusos, con sus datos heredados, con sus reflejos, con sus gestos, con sus emociones, menos con su pensamiento. Ya no hay lenguaje común, ni palabra que diga lo que quiere decir, ni explicación que no embrolle aún más las mentes” (8).

Pero los errores del idealismo y del marxismo no son ni fueron los únicos. Ahora mismo la magna confusión en que vivimos y pensamos - cuando podemos hacerlo - se aloja como huésped inoportuno en el seno del discurso y en las prácticas que él conlleva: hoy todavía podemos palpar las consecuencias nefastas del existencialismo ateo y el psicoanálisis, el nihilismo y el estructuralismo, las filosofías de la mente y los materialismos de variado signo. Y todo ello vertido en nuestros días en la gran confusión posmoderna de una razón inoperante y su consecuente pensamiento débil. ¿Las consecuencias? La caída en picada de los valores que apuntalaban una vida en la verdad, y por ende, buena y bella; un relativismo a ultranza como único criterio de certeza, epistemológico y moral; un hedonismo sin límites como valor supremo a conquistar; una conciencia moral laxa que desdibuja los contornos del bien y del mal, y la lista podría continuar... Hoy nadie puede negar la larga influencia - siempre mediada por nosotros, los intelectuales - de pensadores como Jean Paul Sartre o Martin Heidegger, los popes del existencialismo ateo del pasado siglo, quienes, siguiendo la huella profética de Nietzsche, fueron los co-autores de la sombra nihilizadora que se cierne todavía amenazante sobre las espaldas del hombre. Si la nada de Dios y la nada de sentido constituyen el certero diagnóstico epocal que cobra fuerza en el ‘hoy como ascenso del nihilismo’ hasta alojarse en nuestro discurso como huésped habitual y hasta bienvenido, fue porque la filosofía de turno - es decir, los pensadores de carne y hueso que la enarbolaron - prefirieron verter sus loas en el pesimismo raigal que la finitud planteaba antes que declarar un credo de esperanza en el hombre y en su real destino de trascendencia fundado en un Dios Amor que lo aguarda y convoca, no en el magno ‘ser’ impersonal que espera que el hombre lo saque del olvido.

Sin duda, el mérito del existencialismo, frente a la opacidad del positivismo, el materialismo y el objetivismo, fue afirmar la primacía de una subjetividad abierta a la exterioridad del mundo, pero en el que también debía realizarse “la salvación de la interioridad en y por el nuevo mundo técnico” (9). Pero tal salvación quedaba trunca - cerrada en la finitud de un mundo sin Dios - y la búsqueda de autenticidad a medio camino, pues el héroe heideggeriano “está crispado con su lucha; su lucha define su ser, ya que sin ella se deslizaría hacia la muerte del tiempo; además, su lucha es realmente desesperada; la única trascendencia que conoce es la trascendencia de una amenaza, la de la nada y la muerte del ser en el tiempo, siempre dispuesto a minar las defensas de la vida” (10).

En definitiva, y casi sin pronunciarlo, las filosofías de la existencia - que son las filosofías de la finitud - evidencian la diagnosis de una ‘enfermedad infantil’ que sigue prefiriendo las huellas del mundo que ellas mismas combaten, antes de buscar las huellas de Dios en el frágil corazón humano. Enfermedad mortal que, confiamos, comenzará a remitir a medida que la toma de conciencia que los intelectuales llevemos a cabo ceda su sitio a una auténtica preocupación por la salvación del hombre, preocupación de la cual sólo puede ocuparse una racionalidad cálida, agapeizada, aliada de la *caritas Dei*, propia de un pensar arraigado en la persona. Sólo una acción inserta en la diafanidad de un pensamiento comprometido y orientada a la conversión personal podrá salvar lo que la filosofía es incapaz de ofrecer desde el horizonte de la finitud radical y mucho menos, por cierto, desde las demás posiciones que

decapitan la trascendencia y por ende al mismo hombre.

IV- En pos de la cruzada del corazón

¿Qué proponemos los personalistas? ¡Una cruzada! Una cruzada en la que nos involucremos todos, hombres y mujeres de buena voluntad, no sólo los intelectuales. Ello implica 'un primer deber de acción' contra la confusión reinante que supone prioritariamente 'una ruptura con los mecanismos del desorden' como condición previa a la claridad y eficacia de la acción. Acción hecha compromiso en una cruzada - sinónimo de acción comprometida - que se desplegaría atacando distintos flancos, ya señalados en su hora por Emmanuel Mounier y tan actuales hoy como ayer:

- Cruzada contra los *bloques* que troquelan pantallas de distorsión ante la realidad y ante los hombres.

- Cruzada contra las *uniones sagradas* que enmascaran los desórdenes profundos de la vida social.

- Cruzada contra los *conformismos*, parásitos del pensamiento y del carácter (11).

Sólo una acción vertebrada desde un pluralismo que respete la verdad total de los hombres que la componen y comprometida con un esfuerzo de autocritica y conversión ininterrumpida, podrá salvaguardar la más estricta fidelidad a la Verdad y hacer de la 'revolución espiritual' un auténtico mandato, una 'revolución del corazón', no una mera adhesión de labios o pensamiento. En tal sentido, ha expresado recientemente el profesor Carlos Díaz una síntesis axiomática de lo que hoy proponemos los personalistas comunitarios para verter en acciones nuestros principios racio-cordiales, y que merece la pena citar en sus palabras:

- *Axioma de "la universalización de la cultura de la persona* y la lucha contra todo lo que la impide. Desde este punto de vista, nos declaramos abiertamente abiertos a la 'demopedia' o educación popular. Sin democracia cultural no tendrá lugar la democracia política. Aspiramos al testimonio del que brota el magisterio honorable. (...)

- *Axioma del 'como si'* respecto de lo que podemos hacer, no respecto de lo que podríamos hacer y no hacemos: actuar como si creyésemos que valemos la pena nosotros mismos, es decir, como si fuésemos no sólo 'valiosos' teóricamente, sino además 'virtuosos' activamente; (...) como si cupiera olvidar nuestro egoísmo particular, en favor de un radical de humanidad del tipo 'todos para uno, uno para todos'; como si nos estuviésemos muriendo ahora mismo creyendo que aunque morimos no morimos, como si soñásemos despiertos y despertásemos soñando; como si Dios existiera y desde entonces no fuésemos nosotros unos dioses fracasados; como si Dios fuera nuestro invitado en la Tierra y pudiésemos verle con rostro humano: en el que tuvo hambre, en el pobre, en el desnudo; como si le invitásemos a nuestra mesa antes de ser invitados a la suya, y todo ello ¡con alegría!

- *Vivir de otro modo*: Estamos convencidos del valor de nuestra opción personalista y comunitaria, aunque el mundo se venga abajo. Aunque ante el mundo pareciera que somos fracasados, nosotros no echamos cuenta de nuestro balance de resultados. (...) ¿Quieren saber desde dónde hablamos? Vengan y vean. El acontecimiento es nuestro maestro interior, como decía Emmanuel Mounier. Despreciamos las palabras sin obras, o al menos sin voluntad de enraizamiento o encarnación. Donde sólo hay palabras no hay palabra.

- *Tener esperanza*: Si lloramos demasiado, las lágrimas nos impedirían ver el sol. Porque Dios tiene fe en nosotros, nosotros la tenemos en Dios, y por ende en los demás y en nosotros mismos. Desde ahí, nuestro optimismo es trágico: no olvida el dolor del mundo, y muy en especial el de los más empobrecidos. Por eso cuando el dedo señala la luna sólo el imbécil mira el dedo.

- *Convertirnos*: A pesar de nuestro pecado, queremos convertirnos permanentemente, conversión que

es a la vez personal y estructural: cambiar nuestro corazón exige al mismo tiempo luchar contra las estructuras de opresión, es decir, contra el mal y el pecado que existe en el mundo. Esto exige reconocer la propia vulnerabilidad. No es democracia la que únicamente pretende socializar las ganancias en una parte y las pérdidas en la otra. Un mundo globalizado no admite esos acantonamientos disimétricos: uno de cada cuatro ricos, y tres de cada cuatro pobres.

- *Trabajar desde la gratuidad total*: La gratuidad es lo más rentable, pues construye comunidad. No ganamos nada en nuestra dedicación a la causa personalista, antes al contrario invertimos en ella: no vivimos de ella, sino para ella. (...)

- *Estar disponibles*: Nuestra militancia no es de mero 'tiempo libre'. Cuando está liberado de superfluos, el tiempo resulta muy abundante. Por lo mismo, cuando nuestro dinero está libre para el desarrollo del personalismo comunitario, da mucho de sí. De ahí nuestra opción de vida sobria. Somos fértiles porque nos dedicamos a lo esencial, aunque la jornada sea dura.

- *Emprender grandes gestas desde los pequeños gestos*: Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Aunque sin ánimo de lucro, nuestra empresa es muy interesante; nuestro interés no deriva del capital invertido, sino de la alegría de poner a disposición de los necesitados lo que tenemos; nuestro crédito brota de creer que hay en todo ser humano más cosas dignas de admiración que de desprecio. Somos accionistas pequeños y sinérgicos. Tenemos muchas casas, las de todos nosotros, es decir, muchos palacios, ya que una casa fraterna es el mejor palacio. Somos empresarios especialistas en prójimo, él es nuestra rentabilidad" (12).

Baste lo dicho hasta aquí para fijar la solidez de nuestra postura: para los que procuramos ser fieles a nuestra insignia personalista, el compromiso del intelectual va mucho más allá de una prolija acción colectiva, supera las barreras autoimpuestas del discurso para alcanzar la meta de las metas: el rostro del tú, ese 'otro como yo' que se me impone con su urgencia y exige mi respuesta, una respuesta que es acción, no sólo discurso. No se puede existir sin asumir, sin esperar, sin querer, ni mucho menos sin responder a la espera del otro. ¿O acaso desconocemos que la desesperanza contemporánea ha nacido, en gran parte, de nuestras dimisiones? Pero he aquí nuestra espada de Damocles: ¿no caemos también nosotros en la triste imagen del 'intelectual puro' y libre de culpa que hace del cultivo del espíritu su *métier* pero que no cultiva el principio de realidad-idealidad (lo real en tensión al ideal) ni la virtud de la esperanza que lo sustenta porque "ésta es tarea que le compete a otros"? Y a su vez, ¿cómo cambiaremos las estructuras (más cordiales que mentales o culturales) del 'intelectual puro' si no nos batimos cuerpo a cuerpo, impuramente, en la misma arena del mismo circo? Miguel de Unamuno, el gran vasco que escribía con sangre en su pluma, quería la 'moral de la invasión mutua', donde la verdad que el otro me muestra se me imponga desde su deferencia por mí, desde su caridad, no desde su indiferente pureza. Él mismo, como el mayor intelectual hispano de la hora, hizo del 'remover conciencias' su vocación más profunda: "Porque la caridad verdadera es invasora, y consiste en meter mi espíritu en los demás espíritus, en darles mi dolor como pábulo y consuelo a sus dolores, en despertar con mi inquietud sus inquietudes, en aguzar su hambre de Dios con mi hambre de Él. La caridad no es brezar y adormecer a nuestros hermanos en la inercia y modorra de la mentira, sino despertarlos en la zozobra y el tormento del espíritu. (...) El que ama al prójimo le quema el corazón, y el corazón, como la leña fresca, cuando se quema gime y destila lágrimas" (13).

¿Será que de tanto insistir en el saber de la razón hemos acorazado e invalidado el saber del corazón? De tanto buscar la 'objetividad crítica' de la razón la hemos transformado en 'fuerza policíaca' del corazón, olvidando que el conocimiento de lo humano y del mundo que lo cobija no puede aceptar mayor criterio de objetividad que el compromiso del amor que va sellado en su dignísimo objeto, el hombre, único 'ser de corazón'. Como ha pensado el teólogo Karl Rahner, nada sospechoso de sentimentalismo, "*corazón*, en cuanto protopalabra humano-total, significa el centro original para todo lo demás, el centro más íntimo de la persona humana, en el que toda la esencia concreta del hombre, que se plurifica y

desborda en alma, cuerpo y espíritu (...), se unifica y concreta (permanece), se anuda y ata centralmente; centro desde el cual el hombre se relaciona original y totalmente con las demás personas y sobre todo con Dios” (14).

Quizás el reivindicar la categoría de ‘corazón’ para el sentido global de lo humano sirva para esclarecer el intrincado camino del compromiso intelectual, donde lo racional debe anudarse a lo cordial, la proto-categoría del amor, y desde ahí ejercer su crítica y su propuesta. Un conocimiento sin amor, una lucidez sin compromiso, una inquietud sin salvación, constituyen el máximo absurdo de la vida intelectual, así como su máximo egocentrismo. Desde el mandato del corazón, que es el mandato del amor, y desde los talentos que se nos ha encomendado multiplicar a cada cual, hagamos de ese absurdo la mayor de las injusticias. Contra el mero sentimentalismo y contra el vacío intelectualismo, la cruzada del corazón que proponemos nos obliga a ‘centrarnos’ como trabajadores del intelecto en la centralidad de la realidad personal, única que podrá pedirnos cuentas ante el supremo tribunal del amor. “A la tarde te examinarás en el amor” (15), dejó escrito san Juan de la Cruz advirtiéndonos que al final del camino vital sólo una cosa importará: cuánto y cómo hemos amado.

* Presidente del Instituto Emmanuel Mounier Argentina. (Ver más en nuestro link de “Autores”).

Notas:

- (1) MOUNIER, E.: *Revolución personalista y comunitaria*. En *El personalismo. Antología esencial*. Sígueme, Salamanca, 2002, p. 330.
- (2) *Ibid.*, p. 215.
- (3) MOUNIER, E.: *Qué es el personalismo*. En *El personalismo. Antología esencial*. p. 210.
- (4) El informe sobre *Esprit* a Monseñor Courbe y al Arzobispado de París puede leerse en Obras, IV, pp. 665-678.
- (5) FOUCAULT, M.: “El interés por la verdad”. En *Saber y verdad*. La Piqueta, Madrid, 1991. pp. 239-240.
- (6) Cfr. STEIN, E.: “La fenomenología trascendental de Husserl y la filosofía de Sto. Tomás de Aquino”. En *La pasión por la verdad*. Bonum, Buenos Aires, 1994. p. 101.
- (7) MOUNIER, E.: *Qué es el personalismo*, Obras, III, p. 204.
- (8) MOUNIER, E.: *Manifiesto al servicio del personalismo*. En *El personalismo. Antología esencial*. p. 531.
- (9) *Ibid.*, p. 121.
- (10) MOUNIER, E.: *Personalismo y cristianismo*. En *El personalismo. Antología esencial*. p. 558.
- (11) Cfr. MOUNIER, E.: *Manifiesto al servicio del personalismo*. p. 531.
- (12) DÍAZ, C.: “Principios para una democracia personalista y comunitaria”. En *Persona. Revista Iberoamericana de Personalismo Comunitario*. N°1, Año I, Abril 2006, edición digital: www.personalismo.net Instituto Emmanuel Mounier Argentina.
- (13) UNAMUNO, M.: *Del sentimiento trágico de la vida*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1998. p.247.
- (14) RAHNER, K.: *Escritos de teología*. Madrid, 1961. Vol III, pp.369 ss.
- (15) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Dichos de luz y amor*, 57.